

ñolas. Y lo mas admirable es, que pretendan hacer valer contra las nuestras el argumento negativo, tomado del silencio de los Autores antiguos; siendo así, que éste, bien miradas las cosas, es, sin comparacion mas fuerte contra las suyas. La disparidad consiste en que nosotros padecemos en muchos siglos suma penúria de Escritores. Por la continua inquietud de las guerras, ó no habia quien escribiese, ó faltaba quien atendiese á conservar lo que se escribia. Solo han quedado esos pocos míseros y descarnados Cronicónes, ó porque solo hubo ocio para escribir unos volúmenes de tan poco bulto, ó porque su pequeñez ayudó á preservarlos de la injuria del tiempo. Míseros y descarnados los llamo; porque en ellos no se atendió á dar noticia de aquellos sucesos ilustres en que se funda la vanidad de las Naciones, sí solo un diminutísimo resumen de los diferentes Reynados. Así es preciso, que muchas cosas grandes y dignas del mayor aprecio, solo llegasen por tradicion verbal á nosotros; al contrario en Francia: Así como desde que se plantó en ella la Religion Christiana, nunca se vio la Nacion en las angustias que la nuestra; nunca les faltó oportunidad para escribir y para conservar lo que escribian. Así nosotros con justicia podemos pedirles los instrumentos ó memorias antiguas de donde derivaron lo que en gloria suya nos refieren hoy sus Historiadores; y el argumento negativo tomado de la falta de tales instrumentos, que es muy débil contra nosotros, viene á ser eficazísimo contra ellos.

72 Todos debemós convenir en que las tradiciones populares, destituidas del apoyo de instrumentos antiguos, son generalmente muy falibles. Mil veces me he explicado sobre esta materia. El transcurso de un siglo solo basta á propagar la ficcion ó ilusion de un individuo, de modo que se haga voz de todo un Pueblo. De la voz del Pueblo pasa el error á la pluma, ya de este, ya de aquel Escritor menos advertido. Puesto en este estado, si en él se interesa la vanidad del público, ya no hay contradiccion que le contraste. Son muy pocos (tal vez ninguno) los que se atreven á

im-

impugnarle; y contra esos pocos luego se hace un gran ruido que les sufoca la voz con aquel argumento sumamente poderoso con el vulgo, de que es temeridad oponerse á la opinion comun, y será imprudencia creer antes á esos pocos que á los innumerables que están por la sentencia opuesta; mayormente, que entonces se pondera gravemente la sabiduria de éstos, y se desacredita quanto se puede la de aquellos. Si se hace juicio que la tradicion presta algun fomento á la piedad, ya no solo es empresa desesparada combatirla, mas sumamente peligrosa al que la intenta. Exclámase contra el combatiente, fingiendole ó aprehendiendole enemigo, por lo menos oculto, de la Religion. Armase tan furiosamente el zelo, como si viese poner fuego al Santuario. Con que al mas osado se le hace abandonar un intento en que no ve otro éxito que la ruina de su fortuna y pérdida de su fama.

73 Quando no obstante, haya argumentos eficaces contra las opiniones recibidas, considero indispensablemente obligados los Escritores á batallar por la verdad, y purgar al Pueblo de su error. ¿Para qué se escribe la Historia, ó cómo se puede escribir bien sin apartar las fábulas de las realidades? Ni en este caso se debe desesperar del triunfo. Será probablemente tan tardo (así sucede comunmente) que el Autor no le goce por estar ya colocado en el túmulo. Pero quien como debe, sacrifica su pluma al bien comun, á este atiende y no á su interés particular.

74 Mas quando no hay argumento positivo contra las tradiciones, sí solo el negativo de la falta de monumentos que las califiquen, como sucede por la mayor parte á las de nuestra Nacion, dos reglas me parece se deben seguir: una en la Teórica, otra en la Práctica; una dictada por la Critica, otra por la prudencia. La primera es suspender el asenso interno, ó prestar un asenso débil, acompañado del recelo de que la ilusion ó embuste de algun particular haya dado principio á la opinion comun. Puede ser ésta verdadera y puede ser falsa, porque la creencia popular es como la fama:

Tom. IV. del Teatro.

Bb

Tam

Tam ficti, pravique tenax, quam nuntia veri.

75 La segunda es, no turbar al Pueblo en su posesion: ya porque tiene derecho á ella siempre que no puede apurarse la verdad, ya porque de mover la cuestión no puede cogerse otro fruto que disensiones en la República literaria, y dicerios contra el que emprendió la guerra. Quando yo, por mas tortura que dé al discurso no pueda pasar de una prudente duda, me la guardaré depositada en la mente, y dexaré al Pueblo en todas aquellas opiniones que, ó entretienen su vanidad, ó fomentan su devocion. Solo en caso que su vana creencia le pueda ser por algun camino perjudicial, procuraré apearle de ella mostrándole el motivo de la duda, y entonces le clamaré con el Profeta: *Popule meus, qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt, & viam gressuum tuorum dissipant.* (Isai. cap. 3.)

76 Volvamos ya de la Critica á la Historia, para dar una vista á las postrimeras glorias de España.

§. XXI.

77 **D**espues que con repetidos millares de proezas insignes fueron arrinconando los Españoles á los Sarracenos en las Provincias Meridionales, poniendolos á la vista del Africa de donde habian salido, parecia que tenian poco que hacer en arrojarlos de la otra parte del Estrecho, pues bien consideradas las fuerzas de uno y otro partido, apenas se podia considerar que fuese obra mas que de ocho ú diez años la total expulsion de los Moros. Pero divididas ya entonces las Provincias reconquistadas en varios dominios, las discordias de unos Príncipes con otros hicieron lo facil difícil, retardando mucho tiempo la conclusion de tan grande obra.

78 No obstante estos embarazos, no faltaron ocasiones en que brillase extremadamente el valor y Religion de los Españoles. Singularmente fue glorioso el Reynado de Fernando Tercero, cuyas virtudes tiene canonizadas la Iglesia. Este Príncipe grande en el Cielo, y grande en la tierra,

ra, Héroe verdaderamente á lo divino y á lo humano, en quien se vio el rarísimo conjunto de gran guerrero, gran Político, y Santo, bastaría por sí solo para dar gloria inmortal á nuestra Nacion; pues si se atiende al todo de sus virtudes Christianas, Militares y Politicas, se puede asegurar con toda verdad, que en otra Nacion alguna *non est inventus similis illi*. Gobernó en paz y justicia á sus Vasallos. Fue amado de los buenos, temido de los malos, padre de todos, especialmente de los pobres. Juntó las dos Coronas de Castilla, y Leon, adquiriendo con su conducta y valor esta segunda, que la injusticia de su padre y ambicion de sus hermanas Doña Sancha, y Doña Dulce querian desmembrar de la primera. Ganó para Castilla, y para el Cielo los Reynos de Murcia, Cordova, y Sevilla. Estableció el Supremo Consejo de Castilla, obra grande para la recta administracion de la justicia en estos Reynos; instituyó excelentes leyes, y empezó la coleccion de las Partidas que absolvió su sucesor. En fin, lleno de todo genero de laureles subió al Empyreo, á recibir otra Corona infinitamente mas ilustre que la que dexó en la tierra.

79 Debaxo de sus tres inmediatos Sucesores se vio España muy trabajada de guerras civiles, lo que atrasó mucho los progresos Militares sobre los enemigos de la Fe; hasta que en el quarto Sucesor *Alfonso*, con justicia llamado *el Grande*, lograron la Religion y la Patria grandes ventajas; porque este Príncipe, igualmente Político que Magnánimo, y Guerrero, empleó felizmente sus altos talentos en supeditar á todos sus enemigos, domésticos y estraños; á la reserva de uno solo que tenia dentro de sí mismo; esto es, su desordenada pasion por el otro sexó.

§. XXII.

80 **E**N el Reynado de su hijo Don Pedro mudó tanto España de semblante, quanto distaba el hijo del padre, Pedro de Alfonso, un bruto feróz de un Héroe esclarecido. Con mucha razon dan á aquel Príncipe el nombre de *Cruel*, y con suma injusticia el de *Justiciero*; si no

es que quiera llamarse justicia la inhumanidad, la rabia, la fiereza. ¡Qué espectáculo tan funesto dio España en aquel tiempo á las demás Naciones, quando la vieron padecer las furias de un Rey sanguinario, los destrozos de las guerras civiles!

..... *Populumque potentem*
In sua victrici conversum viscera dextra.

81 Con todo, aun entonces en medio de tanto nublado, resplandeció para ilustrar á España un clarísimo Sol. Este fue aquel insignísimo Prelado, honor de España, y de la Iglesia Don Gil Carrillo de Albornóz, para cuyo gigante merito faltan voces á la Retórica, de cuyos raros talentos, si se dividiesen, se podrian sin duda hacer cinco ó seis Varones eminentísimos; pues él lo fue en virtud, en valor, en las letras, en las armas, en el manejo de negocios Politicos y Eclesiásticos; de modo, que siendo su nobleza Régia, pues por el padre descendia de los Reyes de Leon, y por la madre de los de Castilla, lo menos estimable que hubo en él, fue la nobleza. Fueron grandes los servicios que hizo á esta Monarquía en el Reynado de Don Alonso; pero mucho mayores á la Iglesia en los Pontificados de Clemente VI, y Urbano V, tanto, que se puede decir que la soberanía temporal que goza en Italia la Silla de San Pedro, ó en el todo ó en la mayor parte se le debe al Cardenal Albornóz. Sabida es aquella generosa y valiente satisfaccion que dio á Urbano V, quando este Papa, incitado de algunos émulos ó envidiosos de la gloria de este grande Español, quiso pedirle cuenta de las grandes sumas de dinero, que siendo General de las Armas de la Iglesia, habia consumido en la guerra de Italia: que fue ponerle delante al Papa un carro cargado de llaves y cerraduras de las puertas de todas las Ciudades y Villas que habia restaurado para la Silla Apostolica, diciendole que en la compra de aquel hierro habia expendido todo el dinero cuyo cargo se le hacia: lo que visto por Urbano, abrazandole con amorosa ternura, convirtió el acto de residencia

en

en cordialísimas demostraciones de agradecimiento, por los grandes servicios que habia hecho á la Iglesia Romana. No hubo cosa en este hombre que no fuese admirable. Todas sus acciones tenian un genero de sublimidad de espíritu, que se remontaba mucho sobre el comun de nuestra naturaleza. Era natural en el heroismo. Ni para acometer las mas arduas empresas necesitaba su corazon de extraordinarios esfuerzos; ni para hallar expediente en los mas difíciles negocios habia menester su entendimiento prolixos discursos. Era su animo tan extraordinariamente excelso y desembarazado, que pisaba como tierra llana las cumbres; caminaba sin perplexidad por los laberintos. En fin, aun estando á la pintura que de este grande hombre hacen los Estrangeros, juzgo que ninguna otra nacion dio Héroe igual al Colegio Apostólico (a).

§. XXIII.

(a) Habiendo dexado en este Discurso un claro grande entre el Reynado del Rey Don Pedro, y el de los Reyes Católicos Don Fernando, y Doña Isabel, me ha ocurrido ahora ocupar parte de aquel vacío con una hazaña grande de un Héroe nuestro. Muevenos principalmente á escribirla el que sobre ser de tan especial carácter que acaso en los Anales de todas las Naciones y de todos los siglos no se hallará otra semejante, el Autor de ella bien lexos de ser reputado por Héroe no solo entre los Estrangeros, mas aun entre los Españoles, unos y otros atribuyen su fortuna á un capricho indigno de la suerte, al favor injusto de un Príncipe dotado de poco conocimiento, y de ningún valor. Háblo de Don Beltrán de la Cueva, Conde de Ledesma, Duque de Alburquerque, gran Maestre de Santiago, famoso entre las gentes, por motivos de bien diferente clase del que voy á proponer; tan querido del Rey Enrique IV de Castilla, que muchos Españoles han querido hacer creer una condescendencia increíble del Rey al Vasallo. Este Caballero solo tuvo una ocasion de explicar su valor, porque solo se halló en una batalla: Pero en esa le explicó tan extraordinariamente, que sino en las Fábulas no se hallará ni original de quien él fuese copia, ni copia de quien él fuese original.

2 Estando para trabarse la batalla de Olmedo entre las Tropas que seguian el partido del Rey, y las de los Próceres coligados que proclamaban Rey al Príncipe Don Alonso, quarenta Caballeros del séquito de este Príncipe estipularon entre sí arrojar en

Tom. IV. del Teatro.

Bb 3

la

S. XXIII.

82 **C**OMO es imposible terminar la larga carrera que sigo, en los angostos limites de un Discurso, sin dar algunos largos saltos sobre espacios de tiempo que podrian llenar una grande historia, y sobre hechos illustres que podrian honrar á qualquiera grande Monarquía, no se debe estrañar que desde el infeliz Reynado de Don Pe-

la batalla á todo riesgo, hasta matar ó prender al Duque de Alburquerque. Sabiendo esto el Arzobispo de Sevilla, que estaba en el Exército de los Próceres, ó por afecto particular á la persona del Duque, ó por humanidad, ó por generosidad, le envió un Rey de Armas avisandole de lo que pasaba, para que entrase con Armas disfrazadas en la batalla; siendo imposible de otro modo defender su vida ó su libertad contra quarenta desesperados. ¿Quién no abrazaría tan tempestivo consejo? Nadie sino Don Beltrán de la Cueva. Este Gallardo Español, en vez de proveer á su seguridad hizo la mas eficaz diligencia para ser conocido de sus enemigos en la batalla. Mandó traer alli sus Armas; y haciendolas reconocer al mensajero, le requirió diese puntuales señas de ellas á los quarenta conjurados contra su vida; pues con aquellas mismas habia de pelear. En lo demás dixo, que al Arzobispo agradecia mucho su buena voluntad, y al mismo Rey de armas regaló magnificamente. Llegado el caso de la batalla, executó lo que habia prometido. Los quarenta hicieron lo que cabia en unos hombres determinados á todo. En efecto el Duque siendo acometido de algunos de los Caballeros conjurados y no queriendo rendirse, se vio en grande aprieto; mas al fin su valor le desembarazó del riesgo; y aun uno de los quarenta, llamado Don Fernando de Fonseca, de las heridas que le dió el Duque murió dentro de pocos dias. (Garib. Histor. de España, tom. 1, lib. 17, cap. 16, y 17).

3 Nada da mas justa idéa de lo grande de esta hazaña, que el que la famosa Madalena Scuderi la haya copiado á la letra, para aplicarla á su Artámenes ó gran Cyro. Es este un fenómeno Literario de especialísimo honor para los Españoles, y que por tanto público aqui gustoso, para que venga á noticia de todos los Estrangeros. Esta sábia Francesa, que en la Vida, entre histórica y fabulosa de su gran Cyro, y que tiene mucho mas de lo segundo que de lo primero, para engrandecer á su Héroe añadió á la realidad quanto cupo en su fertil imaginativa; introduxo tambien á este fin en ella

Pedro, sin tocar en los intermedios, vaya á buscar el gloriosísimo y feliz de los Reyes Católicos Don Fernando, y Doña Isabél, debaxo de cuya dominacion se muestra España brillando con tantas y tan copiosas luces, que solo con los ojos de la admiracion pueden ser examinadas.

83 Empezando por los Príncipes, en Fernando vemos el mas consumado y perito en el Arte de reynar que se conoció en aquel y en otros siglos, y á quien reputan

Bb4

tan

ella varios rasgos de las proezas y victorias del gran Príncipe de Condé; siendo como todos han conocido el principal designio de aquella histórica novela el panegyrico del Marte Francés, que la Scuderi habia constituido Idolo suyo. Mas para sublimar al gran Cyro al punto mas alto del heroísmo, no bastando ni las hazañas del Marte Francés, ni las de su propia invencion, qué hizo? Copió á la letra la de un Español, que es sin duda mayor, y pide mucho mas grandeza de animo que todas las que ó el de Condé hizo, ó la Scuderi fingió.

4 Hallase la relacion de Scuderi en la primera parte del gran Cyro, lib. 2. Alli se lee, que estando este Príncipe (conocido entonces solo por el fingido nombre de Artámenes) para dar batalla como General de las Tropas del Rey de Capadocia, contra las del Rey del Ponto, quarenta Caballeros (que aun en el numero fue fiel copista la Escritora) conspiraron unánimes en arriesgar sus vidas, por quitarsela á Artámenes. Por una especial generosidad el mismo Rey del Ponto le da aviso á Artámenes del furioso proyecto por medio de un Rey de Armas, á fin de que éntre disfrazado en la refriega. Oyóle Artámenes; hace traer sus armas; muestralas al enviado; le intima que publique sus señas en el Exército enemigo; y le despide, regalándole con un rico diamante. Llega el dia de la batalla, los quarenta Caballeros procuran la execucion de su proposito, parte de ellos acometen á Artámenes; pero el esfuerzo de éste los atropella, y le saca triunfante del peligro.

5 La primera vez que leí esta hazaña fingida de Artámenes, no habia leído la verdadera de Don Beltrán de la Cueva, ó por lo menos no me acordaba de haberla leído; y protexto que en mi interior acusé de defectuoso, en quanto á esta parte, el juicio de la Escritora Francesa; pareciendome que en esta ficcion habia salido de los terminos de la verisimilitud. Tengo por sin duda, que otros muchos Criticos harian el mismo concepto. Pero eso mismo releva la gloria de nuestro Español, cuyo gran corazon arribó con la realidad adonde no llegaba la verisimilitud.